

Se supone que es Rafael Ovidio (Ofidio) Valenzuela

"LA NACIÓN"

SÁBADO, 23 DE JULIO DE 1966.

CON "LOS REINOS DE MI MUNDO"

Después de la lectura de un editorial recientemente aparecido en LA NACIÓN, acerca de la inexplicable actitud de algunos novicios de las letras nacionales, quiere el autor de estas líneas referirse a un libro de ese grupo que acaba de poner en circulación la Editorial Costa Rica y de que es autor el joven Alfonso Chase, a quien aquél no guarda, cabe advertirlo, ningún sentimiento hostil ni cosa parecida. Es deseo suyo, por el contrario, que, si no ahora, alguna vez comprenda la sana intención de las palabras que vamos a decir en torno a su publicación, a los reinos de mi mundo, como se titula.

En primer término, hemos de afirmar que constituye para nosotros un craso error echar a los cuatro vientos de la publicidad, —como por hacer méritos en derredor o posiblemente por congraciarse con quienes apenas se inician en el presente caso en el campo de las letras—, los primeros frutos de estos muchachos, al parecer sin escogencias ni discriminaciones previas que lo justifiquen. Dejase ver al través de la lectura de sus páginas, el esfuerzo humano que debe haber habido para darles el visto bueno, de parte de los comisionados en cuyas manos se confiaron para que las recomendasen o impugnasen, conforme a su supuestamente elevado criterio. No se comprende a la vez que, en cambio, se hayan puesto en olvido tantas otras producciones, le antaño y de hogaño, cuya publicación envanecería no sólo a sus editores sino al país entero, por su enseñanza y por sus beneficios y por su aporte así a la cultura nacional.

Con las reinos de mi mundo se ha cometido a nuestro juicio dos pecados graves: el de presentar como obra poética una que no lo es; y el de poner al autor, más que en la picota, en un escenario falso, impropio, inadecuado, haciéndola creer que ya escaló el pináculo de la gloria, en vez de proporcionarle otros medios para que, con el tiempo y el estudio y su propio estro, alcancen sus ideas y sus inquietudes la madurez necesaria, como en el tragal las espigas. Al hombre joven no debe ilusionársele con espejismos y lisonjas tempranas ni hacerle creer que ya es sino mostrarle cómo se llega a ser.

Ahora bien, lo que hoy se llama poesía no es en realidad poesía. La poesía es simplemente la expresión en verso de la belleza y el verso es el lenguaje ordenado conforme a determinadas reglas en que entran la métrica y el ritmo y, cuando se quiere, la rima. De otro modo puede que en una composición haya belleza, elevación, pensamientos sutiles; pero poesía no. Se prescinde de esas normas clásicas, solo por un motivo insalvable, cual es la no capacidad de sentir la musicalidad de los versos, secreto recóndito este de la verdadera poesía. Cuando se disfruta de ese don, las estrofas van apareciendo sin esfuerzo alguno, espontáneamente, sin que el aedo recurra como algunos creen a cintas métricas o al silabeo con los dedos; y menos a la superposición de renglones entrecortados como cualquiera puede hacerlo, sin ninguna clase de tropiezos. Claro que conviene tener presente aquel epigrama de

Pastornido que dice: pidiéndole a Narciso un día el mentecato Gaspar, un libro donde encontrar reglas para la poesía.

—Ya está cumplido su intento, dijo al dárselo a Narciso:

—pero lo que ahora es preciso, es que busque usted talento.

Porque, desde luego, son muchas las clases de versos o, mejor digamos, de poesía. La hay mala, cursi, acaramelada, ilegible: pero aquí nos referimos desde luego a la de González Martínez Foxá, Darío, Lugones, García Lorca, Pío Víquez, Cardona J. y tantos otros, a quienes muchos de los jóvenes de hoy detestan, seguramente por la ignorancia en que esos autores creen ellos que vivieron y por el desconocimiento que tuvieron de la poesía castellana.

Nos abstenemos por ahora de entrar en el fondo de la obra que comentamos, porque con lo dicho basta, y para qué referimos a si hay falta de hilación y claridad en ella, cuando ello podría atribuirse a la exuberancia juvenil (y quizá a la precipitación) del autor o, finalmente, a intolerancia del crítico? Más bien quisiéramos inducirle a que espere a ponerse más en contacto con los sanos requerimientos de la literatura, a comprender las leyes que rigen nuestro universo, a creer en la poesía pura y a librarse de los amaneramientos con que los novatos se apresuran a ocupar los asientos de quienes les precedieron y de cuantos un día oyeron con unción, no el canto tentador de las sirenas, sino la modulación gloriosa de las musas.

CAMPEADOR.

Nota aclaratoria: este material ha sido modificado de su versión original para su restauración y conservación.